

Percibimos con creciente influjo en todos los ambientes de la actividad humana, la irrupción de la mujer. Hay un mayor interés en las diversas instancias sociales, políticas, culturales, económicas, religiosas y deportivas por promover el aprecio y las específicas contribuciones de la mujer. La misma realidad nos muestra que “las mujeres comienzan a tener mayor participación en la construcción de la sociedad civil y política. Este fenómeno no sólo obedece a las iniciativas, inquietudes y luchas de las mujeres por ejercer sus derechos de ciudadanía, sino que es también consecuencia de los cambios a nivel socio-político, económico y cultural que han abierto más espacios de participación para ellas” (Informe Celam 2000).

Un signo que crece cada día y que es objeto de constante reflexión en los diversos campos de la actividad humana: la dignidad de la mujer y su vocación. El Concilio Vaticano II, resalta con particular atención esta mayor conciencia tanto en la sociedad, como en la misma mujer. Esta preocupación por la reflexión y puesta en práctica de la dignidad y vocación de la mujer, es sin lugar a dudas, el resultado de aquel fenómeno que el mismo Concilio llama “la hora”. Es decir que “ha llegado la hora en que la vocación de la mujer llega a su plenitud, la hora en que la mujer ha adquirido en el mundo una influencia, un peso, un poder jamás tenido hasta ahora. Por eso, en este momento en que la humanidad conoce una mutación tan profunda, las mujeres llenas de espíritu del Evangelio pueden ayudar tanto a la humanidad a no degenerar” (Mensaje a las Mujeres, 5).

El tema de la mujer es muy complejo. Situaciones y condiciones de vida tan diferentes de todas las mujeres en el mundo, en la sociedad y/o en la Iglesia, muestran que hace falta, dar pasos más concretos hacia la igualdad real y el descubrimiento de que tanto el hombre como la mujer se realizan en la reciprocidad. Por eso, “aunque teóricamente se reconoce esta igualdad, en la práctica con frecuencia se desconoce. La Nueva Evangelización debe ser promotora decidida y activa de la dignificación de la mujer; esto supone profundizar en el papel de la mujer en la Iglesia y en la sociedad” (SD.105).

Recuperar en el tercer milenio, los derechos de la mujer significa adentrarnos en la búsqueda de la propia identidad y en la creación de espacios donde las mujeres comparten y discuten este tema. Esto nos lleva de manera inevitable “al tema de la sexualidad, de los derechos del cuerpo y de los derechos reproductivos. Se comienza a separar la sexualidad de la procreación, descubriendo la dignidad de lo primero y rebelándose contra el rol tradicional que la limita a lo segundo. La mujer comienza a ejercer su derecho

a decidir: ¿cuántos hijos deseo tener? (Informe CELAM 2000 No 155). Son “signos de los tiempos” donde la cambiante condición y comprensión de la mujer y el varón, en el siglo XXI, son un desafío para la evangelización. De ahí que cuando una cultura se ve desafiada a realizar nuevas síntesis vitales, es cuando más la Iglesia se siente particularmente llamada a estar presente con el Evangelio, ya que como afirma Puebla “es mejor evangelizar las nuevas formas culturales en su mismo nacimiento y no cuando ya están crecidas y estabilizadas” (Puebla 393).

Esta nueva perspectiva que se abre con una fuerza cada vez mayor al interior de nuestras sociedades, junto con la crisis de modelos tradicionales de femineidad y masculinidad, el debate sobre los nuevos roles de varones y mujeres dentro de una sociedad que cambia, son otros tantos desafíos para la reflexión y acción evangelizadora de la Iglesia. Porque si la nueva realidad de la mujer le lleva a defender los valores de la autonomía, la igualdad y la libertad, enmarcadas todas dentro de un contexto de comunitariedad que va en contra de una mentalidad liberal individualista, esta búsqueda viene a constituir una nueva expresión de la autoconciencia, de la autorrealización y de la autodeterminación.

Así, para una sociedad que se afana por tantas cosas, donde pareciera que se pierde el punto de vista, “la mejor parte”, la Iglesia está llamada a iluminar desde el Evangelio lo que está confuso y denunciar todo lo que resulta contrario a la dignidad humana. Esto es, “al leer las Escrituras, anunciar con fuerza lo que el Evangelio significa para la mujer y desarrollar una lectura de la Palabra de Dios que descubra los rasgos que la vocación femenina aporta al plan de Salvación” (SD. 108). Nuestra misión como discípulos y discípulas de Jesús ahora es la de recrear el llamado que El nos hace y dejarnos enseñar por El a ser hombres y mujeres a la medida de los desafíos de nuestro tiempo, a saber tomar parte activa en la construcción de ese Cuerpo en el que unos seremos manos, otros pies, pero donde todos somos uno en Cristo.

En la aurora de este nuevo milenio, en la Iglesia, la mujer está presente como María, con una fuerza renovadora y aglutinadora de la comunidad. En nuestra Iglesia de hoy, la mujer, como María, esta viviendo la experiencia de que con la fuerza del Espíritu asume liderazgos de conducción de muchas comunidades que se forman y crecen como semillas de humanidad nueva para irradiar al mundo luces que impulsan una pastoral que promueva a las mujeres en todas las dimensiones de la vida.

6 Estamos seguros que este número de Medellín, quiere ser un aporte para la tarea y desafío del tiempo presente: aceptar y valorar a la mujer en la comunidad eclesial y en la sociedad, no solo por lo que ellas hacen, sino especialmente por lo que ellas son. Gracias al aporte de la Hermana Bárbara Bucker Pataro y del Padre Ricardo Antoncich sj. nos permitimos brindar una contribución desde la perspectiva eclesial. Creemos que una reflexión teológica que comprende al hombre y a la mujer desde el horizonte del misterio de Dios revelado en Jesucristo, nos ayuda a descubrirnos a nosotros mismos

como creaturas más íntegras, llamadas a vivir en la reciprocidad. La vivencia de Dios que nos transmite la experiencia de María nos habla de un Dios que se ocupa de los y las desprotegidos (as), de los y las marginados (as) y que anuncia a su pueblo una liberación plena.

Enmarcados por la celebración de este año jubilar, se nos presenta la ocasión para renovar nuestra fe en el misterio del Verbo Encarnado y poder ser fermento de una humanidad nueva. Este es el gran servicio que podemos prestar los cristianos y cristianas a la humanidad: así con San Pedro, podemos “dar razón de nuestra esperanza a todo el que nos la pida” con un renovado entusiasmo, fruto de la fe renovada, que vive y expresa la experiencia salvífica traída por Jesucristo. Con el apoyo del P. Mario de França Miranda, sj. nuestros lectores encontrarán valiosos elementos para pensar la Inculturación de la fe como un nuevo desafío pastoral que se presenta a la Iglesia. Esto enmarcado por el gran acontecimiento de la celebración del Jubileo de la Encarnación.

El Director